

La noche le es propicia

José Agustín Goytisolo

Prólogo de Carme Riera. Lumen, Barcelona, 1992. 80 páginas, 1.300 pesetas

AQUELLOS poetas detestaban y denostaban la aurora. Carme Riera, maestra crítica de «La Escuela de Barcelona», explica en el libro del mismo título cómo para Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo y sus compañeros de viaje la noche fue espacio de vida y, al igual que para Baudelaire, de iluminación poética. A diferencia de sus colegas, J. A. Goytisolo no había abordado hasta ahora en propiedad el tema amoroso. La misma C. Riera, en el estudio que ha dedicado al conjunto de su obra —«Hay veneno y jazmín en tu tinta» (Anthropos, 1991)—, precisa que en los poemas de «A veces gran amor» (1981), casi todos procedentes de otros libros, «el amor sólo está aludido, a menudo de modo somero».

«La noche le es propicia» es en su trama superficial la crónica de una aventura amorosa que una mujer casada, aburrida de monotonía, corre una noche con un hombre maduro, de historia más bien sombría, a quien seduce tras escucharle en una intervención —una conferencia, tal vez una lectura de poemas— en una ciudad cualquiera. Dos docenas de composiciones siguen el hilo narrativo, jalonadas por otra docena larga de canciones, que condensan en esencia lírica la emoción de esas horas furtivas y su efímero significado trascendente.

Con palabras de Barral y Gil de Biedma advierte Goytisolo que este libro es, sí, poesía de experiencia, pero de una experiencia contemplada, ajena, por tanto, a la autobiografía. Por eso mismo, la anécdota está desprovista de detalles particularizadores. La cuenta una tercera persona, el poeta, que, en función de autor omnisciente, sigue los pasos de los amantes: su mirada va registrando hasta las más íntimas vibraciones, que su voz traduce en muy variados registros.

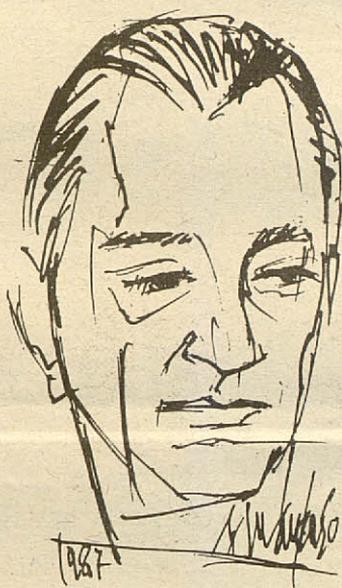
El título del libro nos guía hacia un poema que, desde la perspectiva de la mujer, brinda una clave fundamental: «¡Ah, detener el tiempo! Aunque la historia/tan sólo ha comenzado/y sepa que la noche le es propicia,/temo que con el alba/continúe con sed igual que siempre.» La noche se convierte, pues, en el espacio de la verdadera luz al que los protagonistas acceden desde la sombra.

Varias referencias intertextuales a San Juan de la Cruz —«dejaba ya su casa sosegada», «aunque es de noche», «al llegar la caballería/manaba el agua de la fuente», etcétera— apoyan la proyección de la historia de los dos amantes hacia una significación universalizadora. La mujer que toma la iniciativa quiere volver al paraíso soñado en la adolescencia —«imaginaba que era la muchacha/que reía en el parque»—, redescubrir el valor de su cuerpo (pág. 26), hallar lo que siempre soñó (pág. 34). Resume muy bien su trayectoria el poema «La niña que jugaba a la rayuela», cuyo final cifra el sentido que la guía: «El suyo es asimiento/que no conoce tiempo ni fatiga». Por eso, justamente, «la noche le es propicia».

El, en cambio, vive un proceso distinto. Entra en la aventura lastrado de pesimismo, aunque se deja arrebatar hasta convertirse en incitador y maestro de nuevas exploraciones: es —lo canta el precioso poema «La

fuelle perdurable»— el alfarero al que el barro ha descubierto.

Uno y otro tratan de penetrar mutuamente en su misterio; de ahí el énfasis que el poeta pone en la mirada (págs. 15, 17, 18, 31, 41). Pero, como en el sustrato erótico de la lírica mística, es el tacto el que produce la iluminación y el oído interior el que permite fundir las sensaciones superiores: «todas las palabras/se confunden en una música/que rodea a los que se aman/de armoniosa sonoridad». Porque, en última instancia, ambos quieren conseguir vencer al tiempo y asegurar un espacio al margen de la erosión de la vida. Con



buen tino artístico, Goytisolo intercala a trechos referencias de contraste con la ciudad y sus ruidos. Pero el tiempo avanza impasible, como indican las «campanadas de sombra» que a lo lejos se escuchan.

Hermoso libro, en el que la iluminación de la poesía se produce en el juego de una serie de contrarios: la anécdota y su categoría, el ritmo embrizado de la narratividad y la concentrada explosión lírica, la idealización del amor y el espesor erótico, la apertura hacia la esperanza y el desengaño ciego. Añádase a ello la flexibilidad de la voz: la perspectiva básica de narración en tiempo pasado cede de continuo a la actualización. Y en ese vaivén, la supresión de bastantes articulaciones discursivas refuerza la expresividad de la fusión de los amantes y su victoria —no importa si efímera— del tiempo y del espacio: de la muerte.

Víctor GARCÍA DE LA CONCHA
de la Real Academia Española

PÉTER ESTERHÁZY
Pequeña pornografía húngara



EN ALFAGUARA